

## JORNADA FLORENTINA.

FLORENCIA 11 DE ENERO DE 1888.

Pasar un día en Florencia la bien empedrada, y pasarlo así, queriendo verlo todo, aunque sea al vuelo, es darse una indigestión de arte, quedarse aplastado bajo el peso de tantas magnificencias, y desesperarse ante la imposibilidad de entender lo visto, de asimilarse algún jugo. Florencia requiere quince ó veinte días de religiosa contemplación, y creo que ninguna ciudad puede estampar en el espíritu del artista huella más seria y educadora. Porque Florencia es una afirmación categórica, robusta, inteligible desde el primer instante; una armonía perfecta, una cadena de esmalte y rubíes, en que ni un solo anillo falta. En Florencia no hay aquella serie de capas geológicas sobrepuestas de Roma, que desasosiegan el ánimo, desorientan, imponen el contraste, la antítesis, y, al fin y al ca-

bo, entristecen por la contemplación de las grandezas fenecidas y de las vicisitudes y tragedias históricas. En Florencia—la ciudad más monumental y más rica en obras de arte que acaso adorna al mundo—no encuentra el viajero *una sola ruína*, y, por consiguiente, no le asalta esa *morbidez* lírica y ensoñadora, complicada y llena de pesimismo, que causan los desmoronados torreones, los derruídos claustros, las celdas vacías y desiertas; al contrario, experimenta un sano sentimiento de equilibrio, reposo y admiración desinteresada y perfecta, totalmente clásico: el sentimiento que debe experimentar el escultor cuando caen al suelo los paños que cubren á un modelo de ideal belleza.

Por desgracia, para fortalecerme y bñarme en estos corrientes, cristalinos y puros raudales del Renacimiento italiano, dispuse solamente de veinticuatro horas—es decir, de doce, pues la noche no se cuenta.—Salí de Roma la mañana del 10: pensé haberlo hecho la víspera, en la grata compañía de Vildósola, el antiguo amigo y compañero de legislatura de mi padre, y conocidísimo director de *La Fe*; pero uno de esos quidproquos tan fáciles cuando se viaja con

billete circular, ocasionó que Vildósola se metiese en un tren donde creía que íbamos ya rodando Ortega Munilla y yo, y pensando reunírseos, se adelantase á nosotros y nos precediese en el camino de Florencia á Venecia. Al sumergirme en el mar de las grandezas florentinas comprendí que era preciso, á semejanza del codicioso á quien le presentan tesoro riquísimo de monedas, joyas y preciosidades, no pudiendo cogerlas todas, elegir y reservarse alguna, á reserva de volver, cuando las circunstancias se lo permitan, á apoderarse del resto.

Si Florencia no es la cuna, es el emporio del arte italiano, y en el recinto de sus muros alentaron la lengua y las letras toscanas, que obtuvieron en Italia la misma hegemonía que las castellanas entre nosotros. Aún dora su ambiente un reflejo de la munificencia medicea, del imperial esplendor de aquella familia que supo entender que el dinero nunca se emplea tan bien como gastándolo en fomentar el florecimiento artístico. Rebosan en Florencia las obras maestras de la pintura y la escultura; la inspiración mística, movida y vivificada por un aura renaciente, se derrama en las paredes de sus templos incomparables; y esos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO

nombres que en otros países hacen inclinarse las frentes y cruzar por el alma un soplo de sagrado terror—Dante, Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo,—son aquí familiares y suenan en labios de todo el mundo cual si fuesen de amigos que acabasen de pasar por la calle ó de despedirse la víspera saliendo á corto viaje de recreo. A donde quiera que convirtamos la vista nos deslumbra el brillo de algún astro de primera magnitud: el ático donaire, la cargada intelectual del Renacimiento salta en cascadas de luz desde los labios de Boccaccio y el Aretino; la flor de la pintura se abre en manos de Giotto, y la más suave y delicada concepción del arte cristiano flota como ideal perfume sobre las tablas del Beato Angélico. Pero aquí lo gótico—que abunda, á pesar del predominio del Renacimiento puro—no tiene ese tinte doloroso y sombrío que le comunicó en otros países la influencia del Norte. En lo gótico de Florencia percibimos la alegría y el ritmo feliz, la calma reparadora, la mesura y proporción que distinguieron á Grecia; así es que la transición desde los prerrafaelistas al Renacimiento es insensible, y el ángel se vuelve hombre sin advertirlo. En estas iglesias no se concibe

la invectiva blasfema de Josué Carducci, cuando acusa al cristianismo de crucificar el alma humana, de inficionar el aire de tristeza y de asombrar la hermosura y el júbilo de la creación.

Repito que para no sucumbir abrumada por tanta hermosura artística, para no ahogarme en este río de ambrosía y néctar, hube de elegir... y opté por las estatuas que adornan un sepulcro.

Por orden de un Papa Médicis, aquel genio sin par que se llamó Miguel Angel y que señoreó con igual poderío la arquitectura, la escultura y la pintura, sin renunciar al poético lauro, erigió el mausoleo donde la familia de los magníficos señores de Florencia durmiese el eterno sueño coronada por las artes que le debieron impulso. El alma del artista patriota sangraba, sin embargo, al ver decaídas las instituciones de su patria, de la libre república medioeval, y en vez de expresar con el cincel la gloria de una raza ilustre y de recordar á una dinastía reinante la pérdida de sus miembros, tradujo algo más grave y más hondo, la libertad marchita, la ciudadanía aherrojada y exánime. Quien mire estas cuatro estatuas famosas, la Noche, el

Día, la Aurora y el Crepúsculo, piensa oír el ronco gemido que exhalan, y las ve hoscas y téticas, penetradas del mismo sentimiento que torturaba el espíritu del escultor. Yo no me atrevo á despertar ahora—ante una maravilla reconocida y acatada por todo el mundo—el eco apagado de lides estéticas recientes, ni quiero hacer de Miguel Angel un precursor del naturalismo; pero aseguro que el arte miguel-angelesco en las estatuas de la tumba de los Médicis es lo más real y humano que conozco. Procede de Grecia por la robustez, la pujanza y la verdad anatómica; pero va más allá que la concepción clásica, pues busca la expresión y rompe cierto convencionalismo de armonía y elegancia sobrenatural á que Fidias y Praxiteles rindieron tributo.

Largo tiempo permanecí admirando las cuatro estatuas, subyugada por la fuerza y el empuje del titánico cincel que las arrancó del bloque donde todavía permanecen medio incrustadas. Ni la Noche ni la Aurora son bellas: al contrario. El desnudo que enseñan es el de mujeres ya desfiguradas por los años y la maternidad: no lucen aquel seno alto y mórbido de las Venus atenienses; no el vientre puro y liso como una val-

va de nácar; no el brazo redondo y la garganta y muslo semejantes á fustes de columnas corintias. Son hembras que han vivido y sufrido; pero tan grandiosamente comprendidas, hechas con tal amplitud dramática, que nos comunican la indignación y el dolor que late en sus flancos fecundos. Su enigmática actitud de reposo no engaña á nadie: duermen, pero vigilan; parece que dicen por boca del que las creó:

«Me es grato dormir y ser de piedra mientras duren el daño y la vergüenza de la patria: tengo á dicha grande no ver ni sentir: no me despiertes pues... ¡Habla bajo!»

Por la tarde, cuando ya el Arno se teñía con los fulgores del poniente, subimos á San Miniato, para ver á nuestros pies extendida la aristocrática, la señorial ciudad. La nieve cubría el severo perfil de las montañas; el coche iba al paso, y contemplábamos á Florencia coronada con una tiara de brillantes—la refracción del sol en la cristalería de sus palacios, basílicas y torres.—El frío era tan vivo y glacial, que nos estremeábamos al mirar la desnudez de bronce de las estatuas. No recuerdo panorama más noble, más augusto. Al mismo tiempo, la

soledad y la melancolía de la princesa destronada iba causándome un género de pena que llamaré *la pena de lo grandioso*: el vértigo de la admiración continuada y violenta, que enerva y rinde.

## UNA VISITA

## Á SAN ANTONIO DE PADUA.

PADUA 13 DE ENERO DE 1888.

En mi itinerario de viaje circular por la Italia del Norte, el punto culminante era la detención en Venecia, donde he pasado dos días memorables tratando y estudiando al duque de Madrid, más conocido de mis compatriotas bajo el castizo nombre de *Don Carlos*. He tenido la satisfacción de que el representante de *El Imparcial* en la romería española, Ortega Munilla, al manifestarle mi propósito de llegar hasta Venecia y saludar al biznieto de Carlos IV, se declarase determinado á emprender la misma expedición con igual objeto, indicándome que después de ver y hablar á Don Carlos de Borbón y Este, escribiríamos nuestras impresiones en sendos artículos que, tirados á dos columnas, verían juntos la luz en

el periódico más leído de España. Y quiso mi buena suerte que, realizada la entrevista, ó mejor dicho, las entrevistas con el dueño del palacio Loredán, Ortega Munnilla me participase que prefería romper la marcha y enviar delante sus impresiones, apenas se lo permitiese la premura del tiempo y un ligero resfriado que le molestó durante la estancia en Venecia. Ni de encargo me podían haber salido mejor las cosas. Porque imagino que si el público lee con algún interés mis trabajos, lo debo á la franca libertad con que dejo reflejarse en ellos el pensamiento ó la emoción artística; porque presumo que ni la amistad me ciega, ni me engaña el instinto, ni, en suma, podría, aunque lo intentase, dar gato por liebre á mis lectores; y sentiría á par del alma que, al tratarse del duque de Madrid, la justicia y la verdad que guiasen mi pluma se confundiesen con rastros de fiebres políticas que me calentaron la cabeza cuando tenía pocos años y mucha necesidad de invertir de algún modo las energías de mi activo espíritu. Acusación de que me veré salvada habiéndome precedido y abierto camino una persona como Ortega Munnilla, á quien nadie tendrá la ocurrencia

de llamar carlista ni reaccionario siquiera.

Quédese, pues, Venecia, sus románticos canales, sus misteriosas góndolas, el palacio Loredán y su dueño para dentro de unos días, y ahora séame lícito prestar vida á una borrosa imagen de la Edad Media, que ya refresqué en mi *San Francisco*: á un fraile, cuya basílica es ejemplar curioso de ese estilo oriental del bajo imperio, que tan típica representación posee en la de San Marcos de Venecia.

Dista Padua de la reina del Adriático una hora de ferrocarril, y todo el tiempo que duró el trayecto vimos á ambos lados del tren las lagunas, apacibles y verdosas como luna de espejo veneciano. Si se alzaba de su seno angosta zona de tierra firme, la cubría una delgada capa de nieve.

Apenas saltamos en la estación de Padua, comprometimos un desvencijado landó que nos condujo á la basílica del *Santo*; el *Santo* por antonomasia, aquél cuya memoria y culto se conservan tan vivos aún, que el único altar de Florencia que ví guarnecido de exvotos, de guirnaldas, de corazonces de oro y plata, cuajado de luces, es el suyo. Ni en Italia ni en España conozco devoción más ferviente que la que San An-

tonio de Padua infunde. Cariño popular, confanzudo y democrático. San Antonio de Padua, á la vuelta de siete siglos, no ha cesado de ser confidente y consolador de las pequeñas desdichas domésticas; el que encuentra el dedal que se le pierde á la costurera y la moneda de plata cuyo extravío es causa de que la infeliz criada vea puesta en tela de juicio su honradez; el Santo, á quien representan las esculturas case-  
 ras risueño, sonrosado, frescachón, entrete-  
 nido en tierno jugueteo con el niño Jesús, que desnudo y gordezuelo retoza amable-  
 mente con el fraile franciscano, de redon-  
 do cerquillo y extática sonrisa. Pues este  
 Santo familiar, burgués, cuyas aras parece  
 que en vez de olor á incienso deben espar-  
 cir el sano perfume de espliego de los ho-  
 gares modestos y honrados, fué—y la ma-  
 yor parte de sus devotos quizás lo ignoran,  
 —un tribuno de las libertades italianas, un  
 defensor de la plebe contra la soberbia de  
 los poderosos, un jurado enemigo de la ti-  
 ranía, un martillo de los déspotas á quienes  
 derribó á sus pies, sin emplear más medios  
 ni más armas que su oratoria inflamada y  
 persuasiva, su inquebrantable firmeza, su  
 ardiente compasión por los humildes.

Había en el siglo xiii en Padua dos hom-  
 bres, tan aborrecido el uno, que se le creía  
 hijo del demonio; el otro tan adorado, que  
 el pueblo se disputaba hilachas de su sayal.  
 El primero disponía de tropas numerosas y  
 aguerridas, y en las sombrías cárceles don-  
 de velaba su guardia de sicarios, entraba  
 hacha en cinto el verdugo para segar la  
 cabeza de paduanos que sólo habían delin-  
 quido en no poder pagarle el oneroso tribu-  
 to ó en no rendir á su opresiva dominación  
 la dignidad de ciudadanos libres. El segun-  
 do no tenía más que su lengua, incansable  
 en predicar, en anatematizar la iniquidad,  
 la rapacidad, la vejación, el derramamien-  
 to de sangre; y cuando la multitud no se  
 atropellaba por oírle, los peces del Adriáti-  
 co salían de las azules olas y se apiñaban en  
 la ribera, como los delfines del Archipiéla-  
 go griego para escuchar los versos órficos.

Un día el tirano Ezelino, el enemigo de  
 Dios, el hijo de Lucifer, quiso seducir con  
 presentes al franciscano taumaturgo, á San  
 Antonio, el amigo de los pobres; y el fraile  
 mendicante se rió del soborno, como se  
 había reído de las amenazas de muerte.  
 ¿Qué le podían importar las riquezas á él,  
 que había abierto el pecho de un avaro y

extraído en vez de corazón una piedra? Para el milagroso fraile luchar con el lobo Ezelino era un juego. Todos los días, en aquel siglo de dureza y crueldad, se le veía interponerse entre el marido celoso y la esposa trémula; conceder voz articulada al infante para defender la honra maternal, y resucitar á la mujer asesinada, cuando ya por la herida que abrió el puñal del cruel señor había corrido toda su sangre. Esto era San Antonio de Padua.

Detrás de triples puertas de plata sobre-dorada, repujada y cincelada con adornos delicados y exquisitos; sobre una gradería de mármol y jaspero, un sacerdote, revestido con alba y estola, murmurando en latín, en voz llena de unción, el responso conocidísimo,

Si buscas milagros, mira...

me enseñó, al través de los cristales de gótico relicario salpicado de piedras preciosas, un pedazo de carne amojamada, obscura, pero donde se reconoce muy bien la forma de una lengua humana. Es la del taumaturgo. Es la lengua bienaventurada que nunca pronunció sino palabras de caridad y amor, ó de indignación y santa cóle-

ra contra los malvados; que no se encenagó en los deleites de la gula y de la materia, sino que como lengua de fuego derritió los corazones y llamó sobre la cabeza del tirano la maldición divina. Hinchidos están los tres departamentos del relicario de preciosidades artísticas, de primores de orfebrería y esmalte, de cálices empedrados de brillantes, de portentos del cincel y el buril; mas lo confieso, aquel trozo negro de carne momia era lo único que me infundía veneración.

Y cuenta que en la basílica rebosan las obras de arte y las curiosidades de toda especie. Los relieves, cancellas y estatuas de bronce, en ninguna iglesia del mundo tan numerosos, pueden ponerse al lado de aquellas puertas del bautisterio de Florencia, que Miguel Angel creía dignas de cerrar el paraíso. El carácter oriental de la basílica, con sus cúpulas bulbosas y sus agudos minarettes, armoniza perfectamente con el de la capilla donde descansa el cuerpo del Santo, y que más que capilla debo llamar camarín de sultana mora, alumbrado por infinitas lámparas como para una fiesta, y realzado por los dos colosales candelabros de plata, los más suntuosos que existen en



el orbe. Pero tantas riquezas, sin excluir la deslumbradora del tesoro, no valen la sagrada reliquia de la lengua del Santo y desus dientes, conservados en otro relicario no menos magnífico, digno del escaparate de un Museo.

Esta iglesia bizantina, fastuosa, recargada de ornato, barroca á veces, encierra algunos claustros donde veo, mejor que en el camarín oriental, al discípulo de San Francisco de Asís: claustros de arcos severos, románicos, incrustados de viejas sepulturas, solitarios, de una tranquilidad reparadora. Igual aspecto apacible se advierte en toda la ciudad de Padua. Los soportales que en ella abundan le prestan un recogimiento especial, de pueblo antiguo, y dan sello arcáico á los establecimientos más vulgares. Mi excelente amigo el director de *La Fe* y yo entramos en una confitería persuadidos de que era una iglesia: tan bellos arcos calados, tan lindas cresterías y rosetones la decoraban.

Lo que nos divirtió infinito fué el dédalo de arcadas, bóvedas, callejuelas, plazoletas y columnatas en que nos perdimos buscando la entrada de una torre que debe de ser fantástica figura y no construcción real de

ladrillo, pues por más vueltas que dimos no fué posible hallarle acceso.

En cambio encontramos una ridícula estatua de Victor Manuel: la facha mas cómica que han visto ojos humanos. Desde Donatello, que fundía en bronce la encantadora figurita ecuestre del general veneciano que campea en el atrio de San Antonio, hasta el autor del mamarracho que estamos viendo, ¡qué Calvario han recorrido las artes en Italia! Miremos siempre hacia atrás; el pasado se ríe del presente.

## LORETO.

ANCONA 14 DE ENERO DE 1888.

En todas partes voy encontrando fragmentos de la romería, grupos de españoles que, después de la audiencia papal, se desparramaron por Italia. Anteayer, cruzando en góndola bajo el terrorífico puente de los Suspiros, me saludaron desde otra góndola con el *felices días* más castellano del mundo; hoy, por las naves de la basílica lauretana, no he oído resonar sino el idioma patrio. Es entretenido de veras escuchar lo que cuentan los españoles de sus andanzas y aventuras, sobre todo en Nápoles. Regresan horrorizados de la subida al Vesubio. El caso no es para menos. Veintitantas pesetas de coche; treinta y tantas de ferrocarril funicular; veinticinco por ser llevados en silla hasta cerca del cráter; seis por agarrarse á una cuerda; y todo para recibir en la cara un humo asfixiante y ver

un poco de ceniza, donde á cada paso que dan se hunden medio metro, entre el pánico de ser robados ó precipitados al cráter, la fatiga de una ascensión casi vertical, y la aprensión de que el volcancito tenga la humorada de pegar un bufido atroz y escupir por el colmillo un par de torrentes de lava. Escandaliza también á mis compatriotas el modo de ser de los italianos, y dicen que no se ha visto gente más pedigrüña y hambroña.

Aquí piden dinero por enseñar una calle, por levantar el pestillo de una puerta, por mudar de sitio una silla, por el hecho de que uno se vuelva y les mire á la cara. Verdad es que con unos cuantos perros chicos de Víctor Manuel se contentan, y aun llenan al dador de gracias y bendiciones.

El santuario de Loreto es una curiosidad devota, que atrae todos los años la asombrosa cifra de medio millón de peregrinos á la Marca de Ancona. Su origen se remonta á la fundación del cristianismo. Asegura piadosa tradición que los Apóstoles consagraron á iglesia la casita de Nazaret donde nació la Virgen, colocando en ella un altar de piedra en el cual San Pedro celebró la primera misa, una cruz grie-

ga de madera con la imagen del Redentor pintada, y una imagen que representaba á la Madre de Dios, tallada en cedro por San Lucas. Saqueado Nazaret el año 74 de la era cristiana por Tito, se salvó milagrosamente la casita, y más adelante, Santa Elena, madre de Constantino, fué á visitarla en peregrinación, y la hizo ceñir de fuerte muro de piedra sillar, erigiendo un templo que la rodeaba y cobijaba toda.

Desde que la devota emperatriz dió el primer paso, siguieron el ejemplo los cristianos de su época, y á partir del siglo iv la casa de Nazaret es objeto de culto fervoroso y ardiente. Los paladines que Tasso cantó en su *Jerusalén libertada*; los Templarios de blanco manto y roja cruz, la defienden con igual celo que defendían el sepulcro de Cristo. San Luis, libre apenas del cautiverio del Soldán, se viste un cilicio y va á llorar lágrimas de gratitud sobre el pavimento de la *dimora casta e pura*. Pero las Cruzadas desmienten las esperanzas de la cristiandad; el infiel señorea los Santos Lugares, y lan oche del 10 de mayo de 1291, reinando en Oriente Andrónico II, en Occidente Rodolfo de Hapsburgo, en el Vaticano Nicolás IV, los ángeles transpor-

tan la casita de Nazaret á las playas del Adriático, en Dalmacia, para evitar que la profanasen los sarracenos. Gran asombro causó allí la aparición de la casita de forma arcáica y oriental. Notóse con sorpresa que no tenía sino una angosta ventana; que en sus paredes estaban colgados los utensilios caseros de una familia pobre, escudillas de barro, de esas en que las madres dan de comer la sopa á sus hijitos. El obispo Alejandro asegura que aquélla es la misma casa de la Madre de Dios de Nazaret; el pueblo dálmata se entrega á demostraciones de alegría; pero la satisfacción le dura poco, pues á los tres años los ángeles vuelven á tomar la casita en peso, y de Dalmacia se la llevan á un viejo bosque de laureles, consagrado tal vez á alguna divinidad pagana, situado en un lugar poco distante de Recaneti. De laureles era el bosque; su dueña, una rica señora llamada Laureta; el confín marítimo, de Loreto se nombraba.

Todavía no pararon aquí los viajes de la casa de Nazaret. Como la espesura de laureles sirviese de guarida á malhechores que asesinaban á los peregrinos, los ángeles la colocaron á poca distancia de allí, en sitio despejado y accesible, y pasado algún

tiempo, la corrieron algo más lejos, á donde actualmente se encuentra.

Me apresuro á advertir que no se incurre en herejía por no dar fe á estas milagrosas y reiteradas traslaciones; así me lo ha afirmado un padre capuchino de quien hablaré luego; y añado que, juzgando según las reglas de la crítica humana, la casa tiene un carácter de autenticidad y antigüedad marcadísimo; todo lo que en ella se ve—piedras, ara, frescos ya borrosos y ennegrecidos, imagen de cedro, cruz griega, escudilla,—ofrece el mismo sello arcáico.

Los escépticos razonables sin dejar de ser creyentes pueden arreglar el asunto admitiendo que la casa es, en efecto, la de la Virgen, y que por salvarla de ultrajes y depredaciones de infieles, los cristianos la transportarían secretamente á la primera costa en que pudieron abordar, y luego á los sitios más favorables para que recibiese el debido culto. De todas suertes, el edificio resulta sacrosanto y venerable por extremo.

El santuario lauretano creció en fama, riquezas y afluencia de peregrinos; se erigió una basílica suntuosa que lo encerrase y resguardase como la concha á la perla, y en torno suyo se formó una villita muy po-

blada. Hoy el interior de la santa casa ofrece aspecto sumamente interesante. Por fuera, el arte la vistió de ricos relieves de mármol; dentro, se ve la pobreza y desnudez de los humildes muros, que iluminan infinitas lámparas de bronce—las de plata se las llevó Napoleón, que solía arramblar con todo lo que hallaba á mano.—Y entre el marco de estas paredes parduzcas, de oriental sabor; en el fondo de la casita, al resplandor de las luces, se ve algo que deslumbra y ciega, algo semejante á un ídolo asiático, una Virgen de negro rostro incrustada en una funda de forma de campana, donde, sin exageración alguna, no hay ni el espacio de un dedo que no esté cubierto de piedras preciosas: las turquesas enormes, los zafiros, los carbunclos, las esmeraldas y los brillantes despiden reflejos encendidos é irisados, y parece la obscura casita de los viejos muros caverna encantada de *Las mil y una noches* que oculta y cela tesoro riquísimo.

¿Creéis acaso que la negra beldad no posee más joyas sino esas que fulguran en diadema sobre su frente y la visten desde la garganta hasta los pies? Penetrad en la sala de las ofrendas, y allí, en múltiples es-

caparates, veréis las sartas de perlas, los tembleques de diamantes, los anillos, los broches, el coral y las ágatas en profusión suficiente para enfundar de nuevo á la Virgen lauretana si le faltase la túnica de pedrería que hoy ostenta.

Los romeros nos arrodillamos y oímos misa, á las dos y media de la tarde, en el altar que domina esta imagen negra; pues en Loreto hay facultad de celebrar el sacrificio á cualquier hora del día, mientras se presente sacerdote dispuesto á ofrecerlo. Terminada la misa, un capuchino español, armado con una caña que remata en dos candelas encendidas, nos va enseñando las cosas notables que encierra la santa casa.

El capuchino es una figura característica, digna del pincel de Goya. Veintidós años lleva en Italia, y habla andaluz tan cerrado como el primer día. El nombre de Padre Málaga le cae divinamente: quitadle el sayal de su Orden; recortadle un poco la barba inculta para que se convierta en patillas de boca de hacha; suponedle vestido con marsellés, faja, botines de cuero pespunteado y calañés torcido, y tendréis un tipo de romance de Franquelo ó de una *Es-*

*cena* del Solitario. Habla con la animación, el colorido, la viveza de los campesinos andaluces; se vuelve loco de contento viéndose rodeado de gente de su tierra. Cuando nos está explicando el camarín de la Virgen, una francesa le ruega que alce más la voz para enterarse, y él responde con mezcla de desabrimiento, énfasis y gozo:— Hablo ezpañol y ezplico á ezpañolez; por mucho que alse la vos, ¿qué va uzte á entender?

Una romera se inclina disimuladamente para tomar un fragmento de piedra del santo muro. La aviso que en las Catacumbas hay excomunión mayor para los que intenten estos piadosos hurtos ó lleven en la manga el inseparable martillito de las iglesias coleccionistas, y á poco, el Padre Málaga, ceceando y comiéndose el final de cada palabra, nos refiere cómo dos cerquillos de hierro incrustados en la pared de la casa señalan dos piedras cogidas en mal hora por gentes que después, habiendo experimentado en sí ó en su familia los efectos del enojo divino, hubieron de restituir aquellas reliquias preciosas. Con esto, y con bendecir y sellar graciosas escudillas de mayólica, medallas y campanillitas con-

tra la tormenta, se nos fué escapando el día y llegándose la hora de regresar á Ancona para tomar el tren.

Cuando salíamos de Loreto, volví tristemente la cabeza hacia Recanati. Allí, en una colina que casi veíamos y que dista de Loreto hora y media de coche, está la villa natal de Jacobo Leopardi, el *natio borgo selvaggio* en que el gran poeta que supo envolver la desesperación moderna en el noble *peplum* del dolor antiguo y clásico, pasó su niñez solitaria y parte de su amarga juventud. ¡Recanati! Para los que no hemos perdido el cariño á la poesía lírica, á pesar de la reciente defensa que de ella hizo Núñez de Arce, ese pueblecillo está en el mapa.

.....

Esta postdata, escrita en Madrid, la ocasiona la carta que me dirige por el correo interior un italiano quejoso de que mis noticias sobre el Vesubio dejan mal parada la honra de su nación. El corresponsal anónimo echa la culpa de todo á la inexperiencia de los romeros, que son, según dice, malos viajeros y peores observadores. Pero en cambio, añado yo, son excelentes pagadores, y váyase lo uno por lo otro. Me reco-

mienda el ejemplo de Edmundo de Amicis, que al hablar de España antepuso la poesía á la verdad. Yo siempre he creído que deben ir juntas. Por lo demás, aunque nos desuellen fondistas y cicerones, Italia es tan hermosa, que allá volveremos de coronilla así que nos lo permita el tiempo.

## ACQUA VERGINE.

LOURDES 21 DE ENERO DE 1888.

Felices los pueblos que no tienen historia, dicen por ahí, y yo añado que otro tanto puede afirmarse de los romeros cuando viajan. El regreso nuestro no ofrece lance alguno: venimos navegando en una balsa de aceite. Verdad que somos un grupo contado de veinticinco personas no más. El grueso de nuestros compañeros salió de Roma en dos tandas: una el día 8, después de la audiencia de León XIII; otra el 17, después de la solemne ceremonia de la canonización; y nosotros nos quedamos rezagados hasta el 18, en que emprendimos la vuelta sosegada y gratamente, aprovechando los mejores trenes, y pareciéndonos mentira que fuese aquél el mismo camino por donde un mes antes habíamos rodado como pebotas, sufrido persecuciones y calamidades sin número, cabeceado de sueño detenién-